

Carlos Taibo

Historia de la Unión Soviética

De la revolución
bolchevique a Gorbachov



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2010
Tercera edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Carlos Taibo Arias, 2010, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-347-7
Depósito legal: M. 33.537-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Listado de siglas
- 13 Prólogo
- 21 1. Cien años después de Octubre: un balance del experimento soviético
- 45 2. Las revoluciones rusas
 - 51 La revolución de 1905 y sus consecuencias
 - 57 El derrocamiento del zarismo: la revolución de Febrero de 1917
 - 64 La revolución de Octubre de 1917
- 73 3. La «ingeniería social» y sus problemas
 - 77 La respuesta leniniana
 - 84 Las consecuencias políticas
 - 95 La burocracia
 - 98 Las interpretaciones
 - 106 Una combinación inédita
- 110 4. El comunismo de guerra y la Nueva Política Económica
 - 116 La guerra civil
 - 122 El comunismo de guerra
 - 132 La configuración de una nueva entidad supranacional
 - 144 La Nueva Política Económica (NEP)

154	La política exterior y la polémica en torno al «socialismo en un solo país»
161	La lucha por el poder en la década de 1920
170	5. El estalinismo: colectivización, industrialización y represión
178	La colectivización de la agricultura
186	La industrialización y los planes quinquenales
196	Los procesos de Moscú y las purgas
207	Sociedad y cultura en la década de 1930
219	La cuestión nacional en la era de Stalin
224	La política exterior antes de la Segunda Guerra Mundial
231	6. La Segunda Guerra Mundial y los últimos años de Stalin
233	La Segunda Guerra Mundial
242	Yalta y la política de bloques
254	La posguerra: los últimos años de Stalin
262	7. El deshielo jrushchoviano
267	La «desestalinización»: el XX Congreso
273	Cambios políticos y disensiones en la cúpula
277	Un nuevo curso económico
288	Ida y vuelta en la cuestión nacional
293	Coexistencia pacífica y penetración en el Tercer Mundo
305	8. El estancamiento brezhneviano
309	Nomenclaturistas, gerontócratas y disidentes
317	El estancamiento económico y sus causas
327	Las tímidas reformas brezhnevianas
332	Los signos de la crisis: la extensión de los problemas sociales
344	El «pueblo soviético»

354	La política exterior: distensión y Guerra Fría
368	El interregno: Andrópov y Chernenko
374	9. La reforma fallida: la <i>perestroika</i>
381	El proyecto de Gorbachov
387	Una movilización controlada de la población
397	Sin planes ni mercados
406	La revuelta de las naciones
413	Una nueva política exterior
424	El final de la URSS
426	10. Rusia después de la URSS
427	La Comunidad de Estados Independientes
429	Poder presidencial y «política subterránea»
435	Problemas en el Estado federal ruso
438	Declive económico, recuperación y crisis social
442	Unas fuerzas armadas muy activas
444	Vaivenes en la política exterior
451	11. Legados del pasado, miserias del presente
459	Cronología
465	Bibliografía citada
468	Bibliografía comentada
482	Índice de fotos y mapas
485	Índice analítico

Listado de siglas

ABM:	Sistemas de defensa frente a misiles balísticos
BRICS:	Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica
CAEM:	Consejo de Ayuda Económica Mutua
CEI:	Comunidad de Estados Independientes
CSCE:	Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa
FMI:	Fondo Monetario Internacional
GATT:	Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio
GPU:	Dirección Política del Estado
KGB:	Comité de Seguridad del Estado
NEP:	Nueva Política Económica
NKVD:	Comité del Pueblo para Asuntos Internos
OGPU:	Dirección Política del Estado Unificada
OPEP:	Organización de Países Exportadores de Petróleo
OTAN:	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PC(b)R:	Partido Comunista (bolchevique) de Rusia
PCUS:	Partido Comunista de la Unión Soviética
POSDR:	Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia
RDA:	República Democrática Alemana
SALT:	Conversaciones sobre limitación de armas estratégicas

Prólogo

El libro que el lector tiene entre las manos, y que ve la luz en el centésimo aniversario de las revoluciones rusas de 1917, es una versión actualizada de la *Historia de la Unión Soviética* que Alianza Editorial publicó hace unos años. En este caso la actualización ha acarreado el despliegue de cinco tareas fundamentales. La primera, obvia, ha estribado en subsanar eventuales errores e imprecisiones que las ediciones anteriores de esta obra pudiesen arrastrar. En un segundo estadio se ha procurado fortalecer determinadas dimensiones del texto, como las relativas al papel de la mujer en la sociedad soviética, a las secuelas medioambientales del modelo aplicado, a las manifestaciones culturales de este último y, en fin, a sus consecuencias en el terreno geopolítico. Una tercera tarea ha consistido, como por lo demás era inevitable, en poner al día el capítulo relativo a lo ocurrido en el espacio ruso-soviético con posterioridad al año 1991. Un cuarto

escalón ha aconsejado actualizar, también, la bibliografía que esta obra incorpora. Las novedades se cierran, en suma, con un texto introductorio que propone una evaluación general de lo que fue la Unión Soviética desde la atalaya que proporcionan los cien años transcurridos desde 1917.

El hecho de que el sistema soviético desapareciera en 1991 facilita –parece– un encaramiento general de su naturaleza y de su historia. Como es fácil comprender, semejante tarea no está exenta de problemas, dada la precariedad de nuestro conocimiento de etapas cruciales y dada la proximidad, por otra parte, de muchos de los acontecimientos que ocupan nuestra atención. Tampoco está de más recordar que la reflexión sobre el sistema soviético se ha visto marcada desde siempre por los anteojos ideológicos más dispares, circunstancia que ha contribuido poderosamente a enrarecer las reflexiones y a avivar las disputas.

Dos son, al cabo, los objetivos fundamentales de este libro. En primer lugar, se trata de proporcionar al lector una información que permita seguir el derrotero del sistema soviético entre 1917 y 1991. En segundo término, la obra aspira a identificar los grandes problemas que la naturaleza de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) ha suscitado y, con ellos, las grandes tesituras que aquélla tuvo que afrontar. En este ámbito su propósito es, ante todo, situar a la URSS en una perspectiva histórica amplia y emplazarla en el marco político y económico propio del siglo xx. Al respecto se antoja una tarea decisiva, por cierto, determinar en qué medida la *degradación* experimentada por el sistema soviético fue el

producto de *causas naturales*, tuvo su origen en las presiones externas padecidas desde 1917 o, por el contrario, obedeció a decisiones –más o menos libres– de los dirigentes bolcheviques. La doble tarea reseñada es tanto más difícil cuanto que, pese a las apariencias, la historia que nos interesa no tiene un carácter lineal. Las etapas que identificamos con los nombres de Lenin, Stalin, Jrushchov, Brézhnev o Gorbachov presentan evidentes singularidades, que no faltan tampoco, por citar un solo ejemplo, en el interior de la propia era estaliniana: los perfiles de ésta fueron manifiestamente diferentes en 1930 que uno o dos decenios después.

Así las cosas, en la configuración de los capítulos se ha optado en más de una ocasión por prescindir de la clasificación convencional que convierte la historia de la URSS en una mera sucesión de secretarios generales. Luego del texto de balance general de lo que fue el sistema soviético que se incorpora a esta obra, el capítulo segundo se interesa por los procesos en curso en Rusia entre principios del siglo XX y la revolución de Octubre de 1917. Ese capítulo se ve acompañado por un tercero cuyo propósito es delimitar conceptualmente los perfiles del nuevo régimen, a efectos de clarificar la posterior deriva de los acontecimientos. El cuarto capítulo se ocupa de las dos grandes fórmulas de organización, fundamentalmente económica, que vieron la luz en los años veinte: el comunismo de guerra y la NEP. Le sigue un estudio del núcleo de la era estaliniana, configurado en torno a la colectivización de la agricultura, una acelerada industrialización y una intensificación de las medidas represivas. El capítulo sexto procura dar cuenta de los efectos de la Segun-

da Guerra Mundial en la URSS, así como de los últimos años de dirección de Stalin. Los tres capítulos posteriores se ajustan a la convencional división de la historia soviética en períodos definidos por el acceso al poder de nuevos secretarios generales: Jrushchov, Brézhnev –en las páginas correspondientes nos interesamos también por el interregno protagonizado por Andrópov y Chernenko– y Gorbachov. El libro remata, en suma, con un examen somero de lo ocurrido en el espacio ruso-soviético después de 1991, con unas breves conclusiones y con una bibliografía en la que se ha pretendido incluir los materiales fundamentales que, en relación con la URSS, se han publicado en castellano, junto con una selección de monografías en otras lenguas.

Más allá de las tesis e interpretaciones defendidas en las páginas que siguen –todas ellas, con toda evidencia, discutibles–, es menester dar cuenta de tres circunstancias a las que el autor ha procurado prestar una atención especial. En primer lugar, y por razones obvias dado el discurrir reciente de los acontecimientos, se ha procurado analizar, hasta donde un volumen de estas dimensiones lo permite, la configuración nacional del Estado soviético; a estas alturas sería imperdonable considerar que este último fue, también en el plano espacial, una entidad homogénea. En segundo término, parece innegable que, para explicar por qué la URSS discurrió por determinados caminos, era necesario tomar en consideración, en detalle, los efectos que el entorno exterior imprimió en la configuración definitiva del sistema soviético. En tercer lugar, y en fin, la influencia que todavía hoy ejercen –en el oriente europeo y en el planeta entero– los

acontecimientos de los últimos decenios ha aconsejado dedicar una atención singular a las características del estancamiento brezhneviano y a los problemas de esa reforma fallida que a la postre resultó ser la *perestroika*.

Aunque la mención de los cambios correspondientes se halla incluida en el texto, antes de entrar en materia es conveniente zanjar algunos problemas relativos a la datación de los acontecimientos y a eventuales alteraciones en el nombre de entidades y ciudades. Al respecto, lo primero que hay que reseñar es que, conforme al uso más común, nos hemos servido del *calendario juliano* para dar cuenta de los acontecimientos anteriores al momento, febrero de 1918, en que Rusia optó por sumarse al *calendario gregoriano* habitual en el resto de Europa. Como el calendario ruso anterior a 1918 llevaba trece días de antelación al europeo, la conversión a este último exige sumar esos trece días a la fecha correspondiente.

Por otra parte, hay que recordar que la *Unión Soviética* como tal no hizo su aparición en octubre de 1917, sino en los últimos días de diciembre de 1922; con anterioridad, el núcleo del Estado soviético lo había configurado la *República Socialista Federativa Soviética de Rusia*. El nombre del partido que se hizo con el poder en octubre de 1917 se vio sometido, por lo demás, a sucesivos cambios: si en el momento de la revolución todavía era el *Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia*, en marzo de 1918 se convirtió en *Partido Comunista (bolchevique) de Rusia*, para pasar a llamarse *Partido Comunista (bolchevique) de la URSS* en diciembre de 1925 y *Partido Comunista de la Unión Soviética* en octubre de 1952. El *Ejército Rojo*, creado a principios de 1918, conservó ese

nombre hasta 1946, en que los documentos oficiales empezaron a llamarlo *Ejército soviético*. Por lo que a la *policía política* del Estado se refiere, y dejando de lado algunas efímeras denominaciones, fue conocida con el nombre de *Cheká* entre 1917 y 1922, como GPU en 1922-1923, como OGPU entre ese último año y 1934, como NKVD entre 1934 y 1946, y como KGB a partir de 1954 y hasta 1991; entre 1946 y 1954 se hicieron notar dos ministerios, el de Seguridad del Estado y el de Asuntos Internos, que corrieron a cargo de las tareas correspondientes. En otro plano, Moscú se convirtió en capital del nuevo Estado en marzo de 1918. Antes la capital había sido San Petersburgo, conocida con el nombre de Petrogrado entre 1914 y 1924, con el de Leningrado a partir de ese último año y, de nuevo, con el de San Petersburgo desde 1991.

Como quiera que en las páginas del libro no es habitual que se mencionen personas o lugares geográficos cuyo empleo sea infrecuente en castellano, se ha optado por respetar las fórmulas usuales de traslado de los términos –por lo general rusos– correspondientes. En los títulos de obras y en algunos otros casos que no se ajustan a la condición anterior se ha recurrido a una transcripción de pretensiones fundamentalmente fonéticas.

Por último, éste parece el lugar adecuado para llamar la atención sobre la escasa fiabilidad de muchos de los datos estadísticos referidos a los más dispares momentos de la historia soviética. Las veces en que se ha recurrido a ellos se ha hecho en la creencia de que ilustran con contundencia situaciones concretas, y no en la certidumbre de que reflejen de manera puntillosa la realidad.

El autor quiere agradecer, en fin, las muchas y perti-

nentes observaciones que sobre el manuscrito realizaron en su momento Elena Hernández Sandoica, Olga Nóvikova, Enrique Palazuelos y Jaime Pastor. Ninguno de ellos es responsable, sin embargo, de las interpretaciones que se vierten en este libro, y menos aún de los errores y deficiencias que a buen seguro incluye.

Carlos Taibo,
septiembre de 2016

1. Cien años después de Octubre: un balance del experimento soviético

Sabido es que, en la estela de Iván Bered, el historiador Eric Hobsbawm se refirió en su momento al siglo XX como un «siglo corto» que se habría iniciado en 1914 para concluir en 1991. No es éste el lugar para sopesar el buen sentido de esa definición. Nos limitaremos a señalar que la afirmación de Hobsbawm obliga, mal que bien, a discutir sobre la idoneidad de los *siglos* como herramienta de clasificación de hechos históricos, no sin subrayar, al tiempo, que la afirmación en cuestión acaso tiene una dimensión eurocéntrica poco afortunada. No está claro, en otras palabras, si un boliviano, un tanzano o un tailandés se sentirían cómodos en el marco de la categorización que nos ocupa.

Pero admitamos que poco relieve tiene lo anterior. Lo que interesa recordar es que las dos fechas que enmarcan el siglo hobsbawmiano remiten de forma cristalina al experimento soviético. Si ello es evidente en lo que se

refiere a la segunda –1991 fue el año de la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas–, debe serlo también en relación con la primera, toda vez que la revolución bolchevique fue uno de los hitos principales que acompañaron al derrotero de esa Primera Guerra Mundial que vio la luz en 1914. Así las cosas, y sea cual sea la percepción suscitada por lo que fue la Unión Soviética, parece estar fuera de discusión que esta última ha estado en el centro de un sinfín de procesos que han marcado indeleblemente el siglo XX y que, en realidad, siguen ejerciendo su influencia, de muy diversas maneras, hoy en día. Ciertamente es que, a tono con un argumento que nos atrae en numerosas ocasiones en este libro, la certificación de que la URSS modeló el mundo, por activa o por pasiva, durante tres cuartos de siglo no debe oscurecer una realidad tan importante como ésta: muchos de los elementos que se dieron cita en el sistema soviético hundían sus raíces en fenómenos anclados en el espacio euroasiático desde bastante antes de 1917, de la misma suerte que muchas de las realidades con las que hoy nos topamos –ahí está, sin ir más lejos, la crisis ucraniana de 2014– son acaso el producto de la pervivencia de lógicas imperiales que han permanecido ocultas, pero muy vivas, tras lo que en una primera lectura eran, sin más, agudas colisiones entre cosmovisiones ideológicas. Sobre este escenario, y en las páginas que siguen, aportaremos un balance de lo que fue eso que hemos llamado «experimento soviético».

1. El pensamiento *liberal* parece entender que existe un desarrollo *natural* de las sociedades, de tal forma que cualquier esfuerzo encaminado a alterarlo conduce a es-

cenarios poco halagüeños. Desde esta perspectiva resultaba inevitable concluir que el experimento soviético, empeñado en introducir fórmulas de *ingeniería* política, económica, social, nacional y ecológica, estaba abocado al fracaso. Al respecto hay que preguntarse, sin embargo, si hay algo que justifique hablar de un *desarrollo natural de las sociedades* o si, por el contrario, y como parece, el propio capitalismo reivindicado por los liberales no es sino una forma más, a buen seguro que muy sagaz, de ingeniería económica y social. En ese marco conceptual no hay ningún motivo para concluir que es indeseable pelear por una transformación de las sociedades que conocemos o, en otra clave mental, que el capitalismo que conocemos tiene una venturosa e inmejorable condición *natural*.

Lo que en esta obra se defiende es que el experimento soviético fracasó –no hay ningún motivo serio para negar tal fracaso–, no de resultas de su empeño en introducir fórmulas de ingeniería en todos los ámbitos imaginables, sino, antes bien, por efecto de las formas precisas de ingeniería que al cabo desplegó. Cuando, por resumir mucho el argumento, la construcción del *socialismo* quedó en manos de un grupo omnisciente que, fuera de control, no olvidó sus propios intereses, se estaban sentando las bases, no sólo para que esa construcción modelase un engendro extraño, sino, más aún, para lo que a la postre fue un fracaso estrepitoso. Salta a la vista, desde esta perspectiva, que lo anterior se convirtió en una poderosa rémora para los proyectos emancipadores, que en adelante tuvieron que justificar mil veces que la transformación que preconizaban se movía por caminos bien diferentes del que se estaba recorriendo en la URSS.

Y es que parece que, tal y como se señala en más de un momento en esta obra, el experimento soviético fue incapaz de trascender el universo histórico y social propio del capitalismo. Ni el trabajo asalariado, ni la mercancía, ni la jerarquía, ni las separaciones fueron contestados, de tal forma que lo que emergió, adobado de retórica socialista, fue un modelo singularísimo e inclasificable. Si no era, a buen seguro, el socialismo que Marx había imaginado, tampoco se ajustaba, claro, a las reglas del capitalismo liberal, y ello por mucho que hubiese importado de éste muchos más elementos de los que una lectura superficial invita a identificar. El asentamiento del poder bolchevique, a finales de la década de 1910, dejó en la cuneta de la historia dos horizontes alternativos. Mientras el primero –el de una *revolución burguesa* en Rusia– ha sido mil veces recordado, el segundo, el de una *revolución social* asentada ante todo en los consejos obreros, orgullosamente horizontal y antiautoritaria, e inmersa en la práctica cotidiana de la autogestión, ha sido de siempre olvidado, como lo será, con certeza, con ocasión del centésimo aniversario de las revoluciones rusas de 1917.

Para enrarecer aún más un escenario a menudo lastrado por los lugares comunes, bueno será mencionar dos circunstancias de relieve. La primera, la menos importante, se atreve a sugerir que aún hoy padecemos los lastres de una disciplina, la «sovietología», que, en esencia perfilada en los EE UU durante la Guerra Fría, obedeció casi siempre a códigos ideológicos estrictos y arrastró parvosas carencias en el estudio, por ejemplo, de la cuestión nacional en la URSS o en lo que hace a una conside-

ración equilibrada de lo que ocurría con las fuerzas armadas y con la política exterior soviéticas.

La segunda, mucho más interesante en lo que atañe a la discusión que ahora tenemos entre manos, asumió la forma de la acuñación, en su caso la reorientación, de términos descriptores en los cuales, y de nuevo, los códigos ideológicos estaban a la orden del día. Hay que referirse ante todo a dos de esos términos. El primero es, naturalmente, el de *totalitarismo*. A su amparo se ha registrado una rápida, y precipitada, homologación entre el sistema soviético y los fascismos de entreguerras, mientras se desplegaba una inteligente operación encaminada a utilizar un vocablo más suave, el de *autoritarismo*, para retratar regímenes en los cuales, merced a la pervivencia del mercado, la realidad política, y más allá de ella el escenario general, era, al parecer, más benigna. Lo anterior aparte, si aceptamos el adjetivo «totalitario» para describir a la Unión Soviética de Stalin, habrá que preguntarse cómo es posible que acatemos el empleo del mismo calificativo para dar cuenta de lo que ocurrió, luego de 1953, al amparo de la liberalización jrushoviana y de la desaparición del terror de masas. El otro término, sin duda más conflictivo, no es otro que el de *comunismo*. Lo suyo es que al respecto, y por lo pronto, recordemos que los sistemas de tipo soviético nunca se autodescribieron como «comunistas». Más allá de ello, la idea comunista es muy anterior a esos sistemas y, hoy lo sabemos, a buen seguro les sobrevivirá. Vincular, en fin, esa idea con la realidad material de lo que se hizo valer en la URSS, en Polonia o en Rumanía es asumir un ejercicio muy delicado, tanto más si se parte de la intuición, en modo alguno